

DEDICATORIA A LAS CLASES OBRERAS

Trabajadores: a vosotros, todos y todas, dedico mi libro. Lo he escrito para instruiros sobre vuestra situación; por tanto, os pertenece.

La horrible opresión que la aristocracia inglesa ejerce sobre los pueblos de las Islas Británicas, sobre los campesinos y los obreros, que crean toda la riqueza, constituye una gran lección que los trabajadores de toda la Tierra deben tener siempre presente en su pensamiento. ¿Sabéis cómo un puñado de aristócratas, lores, baroncillos, obispos, terratenientes y ventajistas de toda laya, sabéis, digo, cómo ese puñado de privilegiados puede oprimir, torturar y mantener hambrienta una nación de veintiséis millones de hombres, conducirlos a golpe de látigo y matraca, hacinarlos en prisiones (*workhouses*), desterrarlos entre los salvajes y, en fin, negarles hasta el vestido y el pan? ¿Sabéis cuál es la fuente de todas esas calamidades? Pues bien, precisamente que esos veintiséis millones de seres humanos son educados, como si de esclavos se tratase, en la ignorancia y el temor. Y es que la escuela, la Iglesia y la prensa son cómplices de los opresores. Si al pueblo inglés se le hubiese educado en los principios de la libertad y la igualdad, habría aprendido a considerar no sólo que la resistencia a la opresión es un derecho natural del hombre, sino también que cuando el pueblo está oprimido, la insurrección pasa

a ser un deber sagrado. ¿Creéis que soportaría entonces que unos lores, legisladores por derecho de nacimiento, y que unos latifundistas feudales hiciesen para él unas leyes de hambre con objeto de venderle el grano más caro? No, ciertamente, porque entonces el pueblo inglés conservaría un resto de dignidad y la suficiente grandeza de alma como para no resignarse a esperar así, sumido en la abyección, en la muerte lenta y convulsa del hambre.

En 1831, cuando el paro y la miseria golpearon a los obreros de Lyon, éstos, llenos de fuerza y energía, prefirieron morir luchando por sus derechos a permanecer impasibles viendo cómo eran diezmados, cómo perecían cada día, ellos y sus familias, en la horrible agonía del hambre. Alzaron con mano firme una bandera negra, en la que escribieron estas memorables palabras: ¡Vivir trabajando o morir combatiendo!... Ojalá los obreros de Inglaterra imitasen la sublime resolución de sus hermanos de Lyon, pero, ¡ay!, hace muchos años que el obrero inglés ayuna... El hambre, esa furia implacable, ha agotado sus fuerzas, y hoy el pueblo desdichado, extenuado y agotado cae de bruces y muere. Sí, muere sin proferir una sola queja; no le quedan fuerzas... ¡Pero la muerte debe caer sobre quienes lo asesinan de manera tan cobarde!

Parece que con un gobierno mínimamente organizado debería bastar con ser hábil en la propia profesión, trabajador y ahorrativo, para alcanzar el bienestar. Sin embargo, Inglaterra tiene sin trabajo y muriendo de hambre a una enorme cantidad de obreros con talento. Los trabajadores se han dejado sobrecargar con más impuestos de los que pueden pagar; y es que el producto de su trabajo ya no puede venderse en el extranjero, porque los hombres de la aristocracia que gobiernan Inglaterra no quieren que entren grano, vino ni animales del extranjero, a fin de vender más caro a los trabajadores todos los productos de primera necesidad: el pan, la cerveza, la carne, etc.

En Inglaterra, el pueblo sólo es libre sobre el papel: veinticuatro millones de proletarios siguen sometidos al yugo de la aristocracia. El pueblo inglés aún no ha comenzado, como hicieron vuestros padres y como vosotros, a conquistar la igualdad y la libertad con gloriosas revoluciones.¹

Trabajadores: nunca olvidéis que si bien es verdad que el reino de la justicia, es decir, el gobierno en provecho de todos y todas únicamente se obtiene con el valor de las masas, también lo es que sólo se conserva manteniendo la más diligente vigilancia. El privilegio siempre busca crearse una existencia aparte, vivir en medio del lujo a expensas de todos los demás. Podéis verlo en Inglaterra, donde los grandes propietarios, que dominan en las elecciones, matan de hambre a los obreros. Si los que gobiernan, los miembros de las asambleas legislativas, son elegidos por un pequeño número de personas, la nación será gobernada en provecho de ese pequeño número.

Así pues, pueblos, no perdáis de vista vuestros derechos políticos, porque si la ley no los concediese a medida que se va desarrollando en las masas la verdadera instrucción, la instrucción profesional que enriquece y garantiza la independencia de cada cual, si la ley no llamase proporcionalmente a ese desarrollo intelectual a un mayor número de ciudadanos a ejercer los derechos políticos, volveríais a caer bajo el yugo de una nueva aristocracia, la aristocracia del dinero, avara, ávida y mil veces más tiránica que aquella de la que vuestros padres se liberaron.

1. Aunque es cierto que, en Francia, la libertad y la igualdad, en ciertos aspectos, sólo existen de nombre, también lo es que si comparamos la situación de los ingleses con la de los franceses, llama la atención la enorme diferencia de igualdad y de libertad que se da entre ambos pueblos, ya sea en las leyes, ya sea en las costumbres.

Sin embargo, convenceos de que debéis considerar los derechos políticos tan sólo como medios para colocaros en posición de poder atacar legalmente el mal en su raíz; y el mal son los abusos que reinan en el orden social tal y como hoy está establecido; abusos en el orden gubernamental y político; abusos en el orden comercial y agrícola; abusos en el orden familiar y religioso. De lo que tenéis que ocuparos es del orden social, que es la base del edificio, y no de la política, que no es sino un poder facticio, que hoy existe y mañana es derrocado, para ser restablecido con una nueva forma y vuelto a derrocar. La política propiamente dicha² sólo concierne a intereses especiales entre estados y sólo atañe a ciertas clases de privilegiados. Hasta el momento, la política ha sido una ciencia egoísta que los gobiernos han utilizado con mayor o menor habilidad para explotar a los pueblos, mientras que la ciencia social abarca enteramente los intereses de la humanidad. Gobernar en nombre de la sociabilidad es gobernar con la vista puesta en el interés común, es pensar a un tiempo en los intereses de cada uno y en los de todos.

Pero, puesto que en nuestra sociedad actual la política sigue siendo la piedra angular, trabajadores, reclamad, reclamad sin descanso la extensión del derecho al voto. El hábil agricultor, el fabricante, el industrial que inventa nuevos procedimientos o nuevos productos, el obrero que destaca en su oficio, los artistas, los científicos, los profesores, los médicos, los ingenieros, los oficiales de tierra y de mar tienen ciertamente títulos mejor adquiridos para ser

2. El origen de esa palabra nos dice cuál es su espíritu. Viene de «ciudad»; es el espíritu del egoísmo, de la artimaña y la habilidad para defender los intereses de las ciudades o los estados. *Política* es pues lo contrario a sociedad. Es preciso que los obreros se convenzan profundamente de la diferencia que existe entre esas dos palabras. Eso es muy importante.

electores o diputados que los señalados a dedo y los rentistas que, en resumidas cuentas, no producen nada y viven a expensas de los productores.

Proletarios: mi libro es la exposición del gran drama social que Inglaterra despliega ante el mundo; os da a conocer el despiadado egoísmo, la indignante hipocresía, los monstruosos abusos de esa oligarquía inglesa, tan poderosa y tan culpable ante el pueblo. Os prepara al advenimiento de los grandes acontecimientos de la terrible lucha que ya comienza entre los proletarios y los nobles de aquel país. Vosotros juzgaréis si la nación inglesa está destinada a sacudirse el yugo, a regenerarse, o si esa gran nación debe acabar en una aristocracia cruel y podrida y un pueblo envilecido y misérrimo.

En el ejemplo del pueblo inglés, veréis hasta qué punto es precaria la existencia de un pueblo cuyas libertades civiles no están garantizadas por derechos políticos e instituciones sociales establecidas para defender los intereses de todos y todas por igual. Sentiréis hasta qué punto es importante para vosotros obtener lo uno y lo otro, y prepararos, a través de la instrucción, para usar ambas cosas convenientemente.

Convenços de que vuestras libertades y vuestros progresos dependen enteramente de la difusión que entre vosotros alcance la lectura de las publicaciones que señalan los abusos, las leyes y los reglamentos que perjudican a los trabajadores, así como las leyes y reglamentos que sus intereses reclaman.

La historia nos muestra, a lo largo de miles de años, la esclavitud de los trabajadores del campo y de las ciudades. Esa esclavitud no habría acabado nunca si la imprenta no hubiese venido a poner libros entre las manos del pueblo. La lectura se ha extendido lentamente entre la clase obrera, pero sus progresos siempre han precedido a los de la libertad. Cuando el pueblo pudo leer la Biblia y el

Evangelio, se le vio por todas partes rechazar el dominio de Roma y de los sacerdotes; y cuando los periódicos le instruyeron en los derechos del hombre, el pueblo quiso que sus jefes le rindiesen cuentas de sus actos, que las cargas públicas se repartiesen por igual y que los derechos civiles y políticos fuesen iguales para todos (cuando menos para los varones).

Hermanos: no estamos en tiempos corrientes; los pueblos ya no se conforman con su liberación parcial; comprenden por fin que todo hombre es ciudadano del mundo, porque todos, formando parte de la gran sociedad humana, se hacen naturalmente solidarios. Por eso desean que todos los habitantes de la tierra sean libres y felices.

Los privilegiados tienen miedo: el espanto los invade; amenazan, y la tierra tiembla. Hay que dejar para días más felices el canto del bardo, pues no es el momento de entretenerse leyendo novelas, poemas, fábulas ni dramas. Lo útil; primero, lo útil. Lo que es urgente es que los obreros se instruyan sobre las causas de sus penurias y sobre los medios para remediarlas; es necesario que conozcan la marcha de los acontecimientos y de los actos de los privilegiados. Para ello, deben tomarse como una obligación, incluso como un deber de conciencia, el leer y meditar las obras de sus defensores. Así pues, que estudien los libros de Eugène Buret, de Gustave de Beaumont, del abate Constant, de Cormenin, de Fourier; en una palabra, los escritos de cualquier ser a quien Dios revele las causas de los males que aquejan a la sociedad y las leyes de la armonía.

Proletarios: para perseverar en el estudio o en la investigación de esos males, para estudiarlos con calma, tendréis que tensar los nervios y armaros de todo el valor del que sois capaces, porque las heridas son profundas y sangrantes.

A vosotros, trabajadores, y a vosotras, trabajadoras, que hasta ahora no habéis contado para nada en las sociedades humanas, os estrecho cordialmente la mano. Me uno a vosotros para la tarea común, vivo en vosotros por el amor,

Y soy vuestra hermana en la humanidad.

FLORA TRISTÁN